

LA DESINFORMACION EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Aunque la Real Academia de la Lengua Española haya definido, hace aproximadamente dos años, “desinformar” como “dar información intencionalmente manipulada al servicio de ciertos fines” y a la “**desinformación**” como “el acto de desinformar”, muchos siguen pensando que ésta no es más que la falta de información.

Cuando hace años empezamos nuestro trabajo, inspirados por lo que en varios países extranjeros, especialmente en Francia, se estaba escribiendo sobre el tema, la Real Academia no se había pronunciado aún. Tuvimos por consiguiente una gran alegría al ver que había “legalizado” el término mediante tan oportuna definición.

Oportuna, por el elemento fundamental que menciona: la INTENCIONALIDAD, sin la cual no se puede hablar de desinformación. Queremos aclarar en seguida otro punto. Esta intencionalidad puede ser positiva o negativa (subjétivamente hablando), gustarnos o no. Pero tenemos siempre —como investigadores animados por la honestidad científica— que analizar desapasionadamente el tema. A medida que profundicemos en él, nos daremos cuenta de que todos los grupos humanos (partidos, naciones, religiones, incluso algunos científicos) han desinformado. Nuestro libro “Teoría de la Desinformación” (Madrid, 1985), abunda en ejemplos de toda clase. Por consiguiente tenemos que “desdramatizar” el tema. Y no hay mejor ejemplo que el de Lord Ponsonby que después de haber contribuido a una de las más amplias campañas desinformativas de la Historia (la de los aliados en la Primera Guerra Mundial), cuenta las estrategias utilizadas por británicos y aliados en materia específica de la desinformación (“Mentiras para una guerra”. PONSONBY).

“Efectivamente....., hemos mentido a todos, amigos, enemigos, neutrales. He aquí como lo hemos hecho...” No hace falta precisar que Lord Ponsonby ha sido para nosotros la más preciosa fuente de información sobre la desinformación.

La matriz de toda acción desinformativa es la situación conflictiva

va en que nos encontramos en cualquier sociedad. La desinformación es un arma y su utilización es tan moral o inmoral -según el punto de vista- como la del cañón. Sería el mundo quizás más bello sin lo uno ni lo otro, pero los dos son inherentes al estado de perpetua conflictividad en la cual se mueve la especie humana.

Sin embargo quisiera puntualizar que tenemos que distinguir dos actitudes. Por un lado la legitimación de la desinformación a nivel de los conflictos partidistas, políticos o militares. Por otro, la tentativa de varios autores y grupos a legitimar la desinformación **filosóficamente**. En nuestro libro nos hemos extendido ampliamente sobre esta tentativa. La argumentación parte de la "negación de la realidad" o de la "imposibilidad de aprehenderla". Creemos que la legitimación filosófica de la desinformación es intrínsecamente perjudicial al desarrollo de la personalidad, y de la mente humana. Una cultura que empieza a negar la existencia de la realidad o la posibilidad de aprehenderla (aunque sea asintóticamente) es una cultura que se condena gradualmente a la degradación esquizofrénica y finalmente a la desaparición.

En cambio podemos contemplar con interés, incluso con admiración, las campañas desinformativas a lo largo de la Historia y especialmente en la ACTUALIDAD, vengan de donde vengan, como muestra del ingenio de la mente humana, sometida a las necesidades de los conflictos en los cuales estamos inmersos, como personas, como miembros de un grupo social, como nación o como grupo de naciones.

Estudiar la desinformación en la ACTUALIDAD es siempre mucho más difícil y comprometido que estudiarla en el pasado. Mientras haya cualquier sociedad inmersa en la conflictividad, cuyo aspecto desinformativo queremos analizar, nos faltarán frecuentemente documentos, pruebas, estudios que luego, poco a poco, surgirán de la historiografía y que el tiempo permite reproducir. También las pasiones, las ideas preconcebidas, los **efectos de la desinformación** dificultan alcanzar la objetividad necesaria, -no tanto del estudioso que tiene que adoptar el espíritu crítico y la honestidad científica-, como el del público, agitado por presiones diversas y por la agresividad inherente al ser humano.

Un ejemplo reciente, en comparación con uno idéntico de hace 50 años, nos ilustrará en qué medida el paso del tiempo facilita un análisis de los hechos. En Televisión Española del viernes 14 de febrero de 1986 se informa que en Portugal, con ocasión de las últimas elecciones, un grupo conservador había descubierto y publicado un documento del cual se deducía que el partido socialista en colaboración con el comunista preparaban la instauración de un régimen tipo soviético. Nos sería imposible de momento asegurar si el documento que menciona es auténtico y cuál era la intención de aquéllos que lo

escribieron. Porque lo mismo podían ser conservadores deseosos de comprometer al P.S.P. ante el electorado, que socialistas intentando comprometer a los conservadores por la publicación de un documento falso, recordando al mismo tiempo aquel ejemplo conocido como “la carta de Zinoviev”.

Allá por los años 20-25, en Gran Bretaña, los conservadores publicaron una carta pretendidamente escrita por Zinoviev, número dos del gobierno de la Unión Soviética.

El sentido de la carta era muy parecido al de la carta portuguesa. Tuvo un efecto determinante sobre las elecciones.

El Partido Conservador ganó por buena mayoría gracias al efecto que causó el documento en el electorado inglés. Años más tarde se demostró que la carta era apócrifa, y con la característica capacidad de desdramatizar que tienen los británicos (que algunos llaman cinismo), los conservadores reconocieron el juego. Esta actitud nos parece en cierto modo correcta; corresponde con la de Lord Ponsonby, que después de la Primera Guerra Mundial desveló con todo detalle la manipulación informativa a la cual se había dedicado su país y los aliados.

Sin embargo el estudio de la desinformación y de sus aspectos más variados, tiene más interés justamente en la medida en la cual nos puede ayudar a defendernos de ella, permitiéndonos una visión más acertada de la realidad y eventualmente decidir lo más adecuado.

Aún reciente el tema rey de la opinión española actual —el de la O.T.A.N.— principal en la conflictividad política, que por su naturaleza es y será objeto de variadas acciones desinformativas desde todos los centros políticos.

Queremos desde el principio precisar que no es nuestra intención tomar posición respecto a la oportunidad de pertenecer o no a la O.T.A.N.

Nos interesa únicamente encontrar la desinformación, venga de donde venga, refiriéndonos en cada momento a hechos controlables.

Tres grupos de presión se enfrentan en el tema de la O.T.A.N.: los partidarios a ultranza de la adhesión; los abstencionistas y los contrarios a ultranza a la adhesión.

Los tres grupos utilizan, en medida variable, la desinformación, especialmente la forma que en nuestro libro llamaremos “discurso a dos niveles”.

En efecto, hay dos niveles en el discurso que mueven los antagonismos: un nivel político interno y un nivel referencial de la política externa. En el discurso de las partes interesadas, el nivel de la **conflictividad interior** es el más importante. Hecho considerado en las declaraciones del Honorable Pujol, Presidente de la Generalidad de Cataluña, al ABC (18-2-86): “Tal como se ha planteado el referendium, la gente está en su derecho de creer que lo de menos es

la O.T.A.N.”. Sin embargo, hay una referencia permanente al nivel de la política exterior y de la estrategia en todos los discursos. De aquí el aspecto desinformativo de las diversas campañas.

En el “O.T.A.N., NO” los partidos comunistas encuentran un tema alrededor del cual podría rehacerse la unidad perdida, asunto de máxima importancia en la actualidad.

Menos importantes serán los argumentos aportados en apoyo del NO, que en la mayoría de los casos son inexactos y típicamente desinformativos. Ejemplo: que el Tratado del Atlántico Norte resta soberanía a España, cuando una lectura atenta de los textos nos indica la preocupación permanente respecto justamente a esta soberanía. Nadie parece haber reparado en la disposición que dice que todas las decisiones tienen que tomarse por unanimidad. Ninguno de los dieciséis países que pertenecen al Tratado —entre los cuales se encuentra la mayoría de las democracias occidentales—, han considerado mermada su soberanía. El argumento resulta incluso cómico cuando comparamos con lo que queda de la soberanía nacional en el bloque del Pacto de Varsovia.

En cuanto al discurso del grupo abstencionista, éste se desarrolla también en dos niveles. Por un lado se utiliza la crítica, ciertamente justificada, al referendun en sí como arma contra el gobierno en el conflicto partidista interno. Pero se elude, —a nivel de las referencias políticas y estratégicas—, aclararnos cuáles serían las consecuencias del “NO”. Ya que el referendun es ineludible, lo único que interesa ahora es conocer las consecuencias del voto negativo o positivo para el país.

Este problema se resuelve con un simple “cualquiera que sea el resultado, el Gobierno no puede salir de la O.T.A.N.”, afirmación gratuita ya que, por un lado tanto el Presidente como el Vice-Presidente declararon que acatarían la decisión popular, y por otro tenemos el espejo de países que abandonaron la O.T.A.N.: Malta, en 1976 y Grecia en 1974 (aunque esta última regresó en 1976).

Interesante es también el grupo de “NO” situado a la derecha, protagonista entre otros asuntos del artículo publicado en ABC del 17-2-86, en el que como argumento final se nos cita a un ciudadano que dice: “Y, además me gustaría que Fraga me diera permiso para votar que “no”... nada más que para dar una mijita por saco”... Esta “boutade” expresa una rabieta contra el actual gobierno; es una actitud afectiva respetable a nivel de política interior, pero no contesta a la cuestión fundamental.

Consideramos el argumento desinformativo, por trivializar, por reducir a una locución barriobajera, una cuestión del máximo interés para la Nación. La reducción es un mecanismo de desinformación clásico, del cual han hecho uso todos los medios alguna vez.

Otra crítica que escuchamos frecuentemente es “no queremos en-

trar en la O.T.A.N. por la puerta pequeña...”

Con las restricciones que imponen las tres preguntas subsidiarias del texto sometido a referéndum, no se trata de “entrar”: ya estamos dentro. La pregunta podría ser, ¿es mejor quedarse en un lugar modesto (como Dinamarca o Islandia), o SALIR por la puerta grande? A esta pregunta no se ha contestado hasta el momento.

Los que abogan con el grupo de los “SI” utilizan mecanismos en los que observamos cierta desinformación, por omisión. No se dicen cuáles son las formalidades y plazos del proceso de salida del Tratado, que en su artículo 13 dice: “... Cualquier miembro puede dejar de serlo, un año después de haber presentado su renuncia...” Insistimos, esta disposición no se refiere a la estructura militar sino al Tratado al cual España se adhiere el 10-12-81. ¿Cuáles serían las consecuencias de la denuncia unilateral del Tratado fuera de las normas internacionales, tanto contractuales como consensuales? Tampoco se manifiesta cuál sería la reacción de los países occidentales frente al precedente creado por el referéndum, especialmente en caso de salir del “NO”. Cualquier partido de oposición en alguno de estos países podría utilizar la cuestión O.T.A.N. como arma electoral (como pasó en España), prometiendo un referéndum. El ejemplo podría cundir, y materializarse en una disminución considerable del poder defensivo de la Alianza.

El espacio no nos permite analizar en detalle todos los argumentos que se utilizaron, pero queremos subrayar que la mayor parte de la DESINFORMACION en la que nos sumergen los grupos de presión, es debida a que los discursos se mueven en dos niveles que quieren conseguir metas de política —inter— e incluso intrapartidista, con referencias a un hecho de trascendencia internacional. El discurso tanto crítico, como favorable, **tendría que moverse únicamente en el nivel de los hechos de política externa** y de sus aspectos estratégicos. Tendría que estar motivado únicamente por la preocupación y la comprensión de los intereses de la Nación como entidad político-estratégica, y de las circunstancias del mundo actual.

Nos parece que una de las más acertadas consideraciones sobre la confusión en la que se encuentran los ciudadanos, —debida en gran parte a la desinformación—, nos la ha dado el caricaturista Mingote en ABC del 18-2-86. Un ciudadano reflexiona... “la política que no es más que sentido común y conocimiento de la realidad”... a continuación dice “según eso sería absurdo que en el referendum O.T.A.N. la derecha le diera los votos a Felipe González”... y concluye triunfante “de modo que es muy posible que se los demos a Gorbachov...”

Ríos de tinta se podrían utilizar para describir el caudal desinformativo utilizado en el tema del Plan Estratégico Conjunto (P.E.C.), en especial los discursos a dos niveles, su principal mecanismo des-

informativo.

Entre el contenido del PLAN y la oportunidad o no de leerlo en público, y el nivel real de los conflictos partidistas, se desinforma al ciudadano medio por omisión o comisión. Acertado en este sentido no parece el artículo de Lorenzo Contreras en el ABC del 18-2-86: "No cabe incluir, en la lista de errores que comete el Gobierno y su resistencia a que se difunda el contenido del Plan Estratégico Conjunto... es razonable negar su divulgación". Parece que sería absurdo que enemigos potenciales conocieran sin dificultad lo que de sus planes conocemos, y cuáles son los detalles de nuestras medidas defensivas.

Ha llegado el momento de preguntarse si la desinformación utilizada por los partidos políticos tácticamente hacia el interior de una nación, no representa un peligro. No nos referimos a un peligro subjetivo para cada adversario, sino a un peligro objetivo para la totalidad de los ciudadanos.

En el enfrentamiento planetario que domina nuestro siglo, la utilización de las armas materiales, especialmente las nucleares, presenta tantos riesgos para los dos bandos, que su utilización se hace cada vez menos probable. Por consiguiente los bloques recurren cada vez más a la "guerra psicológica", con su principal componente, la DESINFORMACION. "Vencer, destruir al enemigo sin batalla" es el sueño del antiguo general chino Sun Tsu. En este sentido la Tercera Guerra Mundial ya ha empezado hace tiempo. Todos los días, en todos los campos, asistimos al sutil enfrentamiento de los discursos informativos/desinformativos mediante los cuales cada parte trata de desorientar a la otra, conquistar neutrales y ganar el consenso de los suyos. Es por tanto, contraproducente que los partidos políticos de una nación, utilizando la desinformación en sus enfrentamientos contribuyan a crear la confusión en la mente de los ciudadanos, confusión que fuerzas exteriores, pudieran fácilmente aprovechar.

En un mundo en el cual las dos superpotencias han creado servicios de máxima importancia en la guerra psicológica, sería irresponsable que los partidos políticos continuasen sus actividades desinformativas, incrementando la confusión creada tanto en política interna como exterior, económica como estratégica, correspondientes y en base a las grandes estrategias desinformativas de algunas de las grandes potencias.

Los partidos democráticos que se enfrentan en los diferentes escenarios de la vida en una nación (parlamento, administración, prensa, audiovisuales, manifestaciones callejeras, etc...) proceden de una misma matriz ideológica. Republicanos y demócratas en EE.UU., conservadores y laboristas en Gran Bretaña, socialistas y RPF en Francia, están de acuerdo (o pretenden estarlo) sobre unos cuantos puntos base. Todos proclaman el pluralismo político, las libertades constitucionales y estructuras administrativas que permitan un fun-

cionamiento cibernético compatible con un grado máximo de libertades individuales. Cada uno tiene, dentro de este consenso, una serie de proyectos, reformas e intereses que constituyen su diversidad y que legitima la pugna por el poder. Lucharán por desacreditar al adversario, debilitarle, cosechar votos, conseguir el poder por “vías legales”. Pero esta conflictividad estará limitada por el consenso tácito que ninguna se atreverá a rebasar.

Claro que ningún partido demócrata puede pedir la supresión del pluralismo político o de su representación parlamentaria, base de la democracia. Los objetivos de las campañas desinformativas serán meramente tácticos: sustituir un partido por otro en el marco de unas estructuras socioeconómicas fundamentalmente similares, transformables, pero no revolucionarias.

Ahora bien, en los extremos del espectro político, tanto a la derecha como a la izquierda, se encuentran partidos cuyas matrices ideológicas **excluyen el pluralismo.**

Su meta final no es un poder transitorio limitado al período de una legislatura, ni las modificaciones estructurales prudentes que este poder permitirá realizar. Su meta es la **DESTRUCCION** del Estado representativo y su sustitución por un Estado sin pluralismo político, es decir, un Estado totalitario.

La **DESINFORMACION** que estos partidos y movimientos políticos practican cobra otra dimensión: se torna **arma estratégica** en un conflicto en el que no se trata solamente de comprometer al adversario y de ganar votos, sino de destruirlo; en toda la literatura totalitaria, la destrucción del estado pluralista parlamentario es un tema fundamental y permanentemente presente.

Decir que la desinformación se torna estratégica significa que no se limitará a una deformación más o menos hábil y eficaz de los hechos con la intencionalidad de utilizarla en su sentido estricto, sino que también procederá a una serie de alteraciones y sustituciones de los signos que representan estos hechos, es decir, de las palabras y de las estructuras frásticas y discursivas en las cuales se integran. Interesante es observar cómo el discurso marxista-leninista evita la palabra “mayoría” —concepto preciso expresable en cifras— sustituyéndolo por el de “masa”, término impreciso que permite a una minoría dar en ciertas circunstancias la impresión de ser una mayoría. O palabras como “democracia”, de la que se altera enteramente el sentido añadiéndole calificativos como “totalitaria”. O calificar de “socialistas” países donde no rige ni la libertad, ni la igualdad, que según los socialistas occidentales constituyen —juntas o separadas— los pilares del socialismo. Así será posible que todo el abanico político caiga en la trampa semántica detrás de la que hay una clara intención desinformativa, que contribuya a desorientar a sus propios seguidores por falta de rigor hermenéutico o sencillamente por pereza mental.

En el enfrentamiento Este-Oeste hay un enorme desequilibrio informativo. Mientras en el lado occidental la libertad de informar e incluso de desinformar es casi absoluta, en los países de la órbita soviética la información-desinformación está enteramente en manos de los dirigentes. Esto produce tres series de consecuencias.

Primero: los ciudadanos de los países del Este no se enteran de lo que pasa en el resto del mundo más que a través de la información dirigida. Viven por consiguiente en desconocimiento de lo que son, quieren y pueden los países occidentales. Se les convence de que el avión coreano derribado hace más de un año por los soviéticos, que llevaba su carga de pasajeros civiles en ruta normal y que se había desviado por error, era un avión espía al cual había que abatir.

Este no es más que un ejemplo entre miles de las intenciones “agresivas” del mundo “capitalista” respecto a la Unión Soviética. El oficial que derribó el avión fue condecorado y presentado como un héroe en todas las pantallas de la Unión. En cambio, en Francia, por una acción fallida de los servicios especiales —el caso del Rainbow Warrior— todos los medios se movilizaron durante meses, la cúpula del Poder se tambalea y uno de los más capaces ministros del Gobierno tiene que dimitir.

Segundo: las campañas informativas-desinformativas que las potencias occidentales puedan emprender no tienen apenas posibilidad de influir verdaderamente sobre la mentalidad y los convencimientos de los ciudadanos soviéticos.

Tercero: las campañas informativas-desinformativas del Pacto de Varsovia, sin embargo, pueden desarrollarse sin trabas gracias a la libertad de prensa occidental. En el mismo tema de la O.T.A.N., presentada como fuerza agresora al servicio del imperialismo americano, y el Pacto de Varsovia como la respuesta cronológica defensiva a la primera; aunque el Pacto de Varsovia se firmó tres años después del de la O.T.A.N., ésta fue el resultado de la preocupación que en los países occidentales produjeron los avances, golpes y conquistas soviéticas en el transcurso de los años 45 a 49. Tampoco se menciona, naturalmente, que el Tratado del Atlántico Norte no fue una imposición norteamericana, sino un deseo unánime de los países europeos, y que los artífices del Tratado fueron los líderes socialistas europeos: Henry Spaak y Bevin.

Al concluir este breve artículo sobre la desinformación surge, naturalmente, la pregunta: ¿ha sido decisivo su impacto sobre el curso de los acontecimientos? Esta pregunta contiene en realidad dos: una primera referente a la medida en la cual tal acontecimiento histórico se debe a una acción desinformativa. La segunda, referente a la importancia del acontecimiento en sí. Dos ejemplos ilustran este planteamiento.

La campaña desinformativa de Hearst volcó la opinión pública

americana y la de su Gobierno en favor de la guerra con España. En cambio, esta guerra, por dolorosa que fuera no cambió sustancialmente el rumbo de la Historia. España ya había perdido su imperio colonial y EE. UU. estaba en pleno auge económico, industrial y político.

Las acciones desinformativas convergentes que llevaron a la Primera Guerra Mundial, analizadas detalladamente en nuestras publicaciones, resultaron también imprescindibles para el inicio y la continuación de la guerra. Pero ésta sí que fue decisiva en el desarrollo de la Historia. Sus consecuencias inmediatas fueron: el derrumbamiento de cuatro grandes y seculares imperios: el triunfo del proceso revolucionario en el mayor país del mundo y la creación de varias zonas conflictivas, de las cuales surgirá la Segunda Guerra Mundial.

La contribución de la desinformación en la configuración de los hechos es variable. Algunas veces es del cien por cien, como en el caso del incendio del Reichstag, donde determina la victoria electoral total de Hitler. Otras, es importante, pero se hubiese llegado probablemente al mismo resultado sin ella o con otra estrategia. Es el caso de la campaña desinformativa que Roosevelt desarrolla para ser reelegido. Aunque no lo hubiese conseguido, es probable que los EE.UU. terminaran participando en la guerra contra Alemania.

Con el desarrollo de los “mass media” la desinformación adquiere carácter multitudinario. Se fomentan odios incondicionales, simpatías irracionales e ignorancias persistentes en millones de seres humanos, preparándolos mentalmente para aceptar, incluso desear, la guerra. Paralelamente la desinformación dirigida contra centros de mando, no ha dejado de tener la máxima importancia. Recordemos la desinformación referente a los planes estratégicos soviéticos que indujo al Estado Mayor alemán a tomar decisiones erróneas que precipitaron finalmente la derrota de sus ejércitos, o como el Gobierno polaco, desinformado sobre las posibilidades y la capacidad del ejército francés para intervenir en 1939, caminó hacia la total derrota militar y política.

Repasando los ejemplos de acción desinformativa que hemos analizado, tanto en el primer volumen como en el segundo, resulta que la desinformación ha tenido un papel determinante en la Historia, no solamente porque se haya utilizado en todos los conflictos —sean políticos, ideológicos o militares—, sino también por haber contribuido frecuentemente de una manera decisiva a configurar los acontecimientos históricos más importantes de los últimos dos siglos.

Esperamos que este inquieto artículo no solamente despierte en el lector un mayor interés por el tema, sino que le incite también a desarrollar su espíritu cívico y todas las defensas necesarias contra las acciones desinformativas, vengan de donde vengan. Todos tenemos que intervenir para poder recibir la “información veraz”, la cual

tenemos definida como un derecho, evitando así las catástrofes que frecuentemente han arrastrado a los pueblos que se han dejado desinformar, actuando con pasividad ante las estrategias desinformativas de los centros directores de información.

A la Universidad corresponde el liderazgo en esta lucha, en la que factor fundamental es la elevación de los niveles culturales de las Sociedades.

Madrid. mayo de 1986.